

Donde la valentía se vuelve encuentro

—Enojo.

Javier detuvo el sube y baja emocionado de sus rodillas y permitió que su cuerpo colapsara sobre la silla de un resoplo. Hasta ese momento el resto del grupo había encontrado solo aliento y esperanza en las palabras del viejo profesor, pero ahora parecía como si un aire de amargura comenzara a apretar sus gargantas.

—Enojo— repitió—, aunque no con la institución, es más mi frustración de ver que tenemos que esperar a que un directivo nos diga que debemos hablar de esto, de ver que no somos capaces de actuar por nuestra propia iniciativa.

Lorena, la estudiante más joven de aquél grupo, arrojó al profesor una mirada de consuelo. No hace mucho estaban hablando los presentes acerca de lo agradecidos que estaban por pertenecer a la Universidad Javeriana, pero los tonos plácidos y nostálgicos de su encuentro tomaron el tinte rojo del sinsabor, y Lorena encontró que no pudo luchar contra su impulso de ver el reloj. Las diez y cuarto de la mañana.

Hace una hora exactamente los seis representantes del grupo doce de la jornada de planeación ingresaron al salón asignado para participar en lo que sería la decimoséptima Jornada de Reflexión Universitaria, destinada a analizar, dialogar y aportar a los esfuerzos de la construcción del Medio Universitario Javeriano. Lorena había sido la primera en llegar junto con Diego, un amigo con el que, a pesar de pertenecer a otra carrera, había compartido varios semestres de actividades y espacios culturales y formativos. El enérgico saludo de la pareja de jóvenes recibió a la tripleta de Ximena, una profesora de cátedra que había ingresado a enseñar durante la pandemia de 2019, Sandra, una auxiliar de servicios y limpieza cuyos quince años de servicio la habían llevado a ser la vocera de quienes trabajaban con ella y, por último, Julieth, la asistente administrativa que tras veinte años de trabajo apoyando a estudiantes en la facultad de ingeniería abrazó con cariño a los jóvenes que les daban la bienvenida.

—¿Estamos?, ¿podemos comenzar?

—No, no. Nos falta Javier.

Con café en mano y sonrisa en rostro el profesor con cabello de nieve hizo su entrada.

—Pues, ya no les hago falta— Javier soltó una de sus risas amables y arenosas, el color de su voz rindiendo homenaje a sus más de treinta años de trabajo—. Bueno, a lo que vinimos.

Los seis tomaron asiento en un círculo de sillas en la mitad del salón, y luego de una corta presentación comenzaron a charlar. La primera pregunta, se manifestó entre ellos: si cada uno fuera un lugar del campus, ¿cuál sería? Fue la voz de Sandra la que desató la bola de nieve.

—¡El caminito arriba de parqueaderos! Toda esa naturaleza, es tranquilo y muy verde.

La naturaleza obtuvo eco con Julieth y con Diego, ambos mencionando la “playita” de Ingeniería donde cantan los pájaros. La tranquilidad resonó con Ximena y Lorena, la profesora mencionando una de las capillas para meditar y la estudiante describiendo cómo en más de una ocasión la pausa de una de las bancas al lado del Pablo VI le ayudó a calmar alguna tormenta personal. Fue Javier el que ofreció una respuesta diferente.

—El lugar donde quedaba el antiguo coliseo, no sé si lo conocen o lo alcanzaron a conocer— arrojó una mirada rápida a todo el círculo—. Tal vez no, creo que soy el mayor aquí por mucho. Pero ese sería mi lugar, después de todo, ahí es donde todo empezó para mí.

Aquella pregunta condujo al grupo hacia una conversación cargada de memoria y nostalgia, y sin saberlo, los llevaría a conectar sus corazones para hablar acerca de los retos, personas y sentimientos conjurados por el Medio Universitario. Julieth no podía evitar realizar una comparación entre sus primeras interacciones con el medio y las actuales. Sus dedos parecían dar vuelta a una manilla colorida por instinto mientras organizaba sus pensamientos.

—Yo tengo un antes y un después. El antes fue cuando Pastoral me sorprendía con pausas y encuentros. El después son los estudiantes. —Se detuvo. Unas pequeñas lágrimas comenzaron a formarse mientras tomaba aire para continuar—. Es que los amo. Amo escucharlos y conocer sus historias. Ellos son el medio para mí ahora.

—Yo no tengo estudio, pero esta universidad me ha dado tanto— Sandra asentía y encontraba que ahora eran sus ojos los que comenzaban a brillar—... En pandemia nos mantuvieron trabajando. Aprendí a agradecer, y eso es lo que enseñé a mis hijos. Que devuelvan el gesto. He conocido a tantas personas maravillosas, que saludan con tanto cariño, con tanto respeto. Yo quiero dar eso también a mis compañeras, a los demás.

Ximena, que hasta entonces había observado en silencio, cruzó una pierna sobre la otra.

—Yo soy profe de maestría —dijo—, llegué en pandemia. No he vivido mucho del medio. Lo confieso. Pero verlos hablar así, con tanta emoción, me da ganas de conocerlo más. Siento que me estoy perdiendo de algo.

La conversación avanzaba como un arroyo. La mención del sentimiento de perderse de algo pareció movilizar a Diego a que recordara su segundo semestre, cuando estaba a punto de cambiar de carrera y una inductora le abrió la puerta a un espacio que ni siquiera sabía que existía.

—Ella me rescató. Ahora estudio dos carreras, pero lo que más me ha formado es haber sido inductor. Aportar y ser parte de tantas cosas. En Pastoral, en el CFICC... ahí es donde existo. Es mi otra carrera, la que no da créditos, pero sí sentido.

Lorena aprovechó la complicidad con Diego para aportar, abrazada a su carné decorado con stickers y sentada con su maleta repleta de manillas institucionales amarradas a su manija.

—Yo entré en 2019, lo recuerdo como si fuera ayer —su pausa dio a entender que estaba saboreando el recuerdo—. En mi primer día el padre Peláez nos dijo que no dejáramos que la Javeriana simplemente estuviera ahí, que la dejáramos pasar por nosotros. Y desde entonces no he parado de buscar espacios. Pero ahora, que ya se acaba mi paso por acá...

Su voz titubeó. Parecía que tenía algo más por decir, pero no logró articular el sentimiento en ese momento. Los demás la miraron con entendimiento. Javier, que hasta ese momento había pasado toda la conversación con una postura de escucha activa, su rodilla derecha subiendo y bajando con emoción, se aventuró a explorar ese silencio primero.

—¿Qué sientes?

—Siento que no tengo cómo dejar un legado. Durante toda mi carrera participé de inductora, estuve en comité del medio universitario, en grupos culturales... y ahora que hay cosas que no son obligatorias, no nos llaman. Siento que mi facultad está muy lejana del Medio. Hay tantas cosas increíbles, pero, no parece ser prioridad que nos enteremos a menos que lo busquemos de manera activa.

Lorena miró a Javier, tal vez buscando una palabra reconfortante en aquella persona que ha sido testigo de ese intangible Javeriano por más de tres décadas, y preguntó.

—Y tú, ¿qué sientes?

Las diez y cuarto de la mañana. El círculo seguía procesando la respuesta de Javier, la que revelaba que llevaba bastante tiempo pensando en los problemas y retos por venir.

—Me enoja. Me enoja que no podamos actuar si no hay un directivo que nos diga que sí, que esto vale la pena. Me frustra ver a colegas que hablan de medio, pero actúan como si no existiera. El medio no debería depender de cargos, de oficinas, de estructuras. Debería ser la manera natural en la que nos encontramos.

Lorena lo miró como se mira una grieta que también es promesa. Diego bajó la mirada. Julieth volvió a girar la manilla en su muñeca y pidió la palabra.

—Saben, eso es muy cierto. Desde el lado administrativo, acceder al medio se siente muy difícil. Es que no hay tiempo, el Medio se siente ahora como una prioridad para los estudiantes y un opcional para nosotros. Siento que estamos marginalizados, y antes no era así...

—El Decano del Medio— Javier suspiró mientras asentía levemente—. Ya no está, ahora es responsabilidad de cada facultad, ¿verdad?

—Sí— contestó Julieth—. Antes pasaban más cosas, desde lo pequeño, ¿saben? Desde felicitaciones, invitaciones, comunicados cálidos... Ahora no hay tiempo de nada.

Diego se incorporó al escuchar a Julieth.

—Bueno, para los estudiantes, y más si quieres hacer doble carrera, te exigen un montón. Convencer a los estudiantes que participen es difícil, como inductores lo intentamos— extendió la mano hacia Lorena con un gesto de entendimiento—, pero los que eligen participar o se motivan no son la mayoría.

—En el caso de nosotras, lo difícil no es motivar, es que nos den permiso— la voz de Sandra encontró su lugar en los oídos de sus compañeros—. A mí me dicen, “Sandra, ¿podemos participar? Nos da miedo preguntar”.

—Eso lo he escuchado también de amigos en otros cargos, otros profes y amigas administrativas— Ximena continuó—. Hay mucha gente que quiere, pero no puede. Claro que yo sí soy de las que dice las cosas con valentía, creo que hay que decir cuando todo se vuelve demasiado.

—¡Eso es! — El aire de angustia que había comenzado a asentarse en aquel círculo fue cortado como un relámpago gracias a la voz de Javier, cuya rodilla comenzaba a recuperar su bailoteo

usual de emoción— Valentía. A eso me refiero. El medio lo construimos nosotros, y ahora más que nunca necesitamos valentía para hacerlo. Poder alzar la mano, estar en desacuerdo, proponer para construir... Si no lo hacemos, nuestra identidad Javeriana no pasa más allá del campus. Un javeriano o javeriana debe serlo aquí, allá, en París o en la Conchinchina— giró para ver a Lorena —. La verdad es que a mí no me falta mucho para jubilarme, y a veces siento que ya he dado mucho y no veo impacto. Escucharte a ti y a Diego, y a todas, me llena de esperanza.

Y así de rápido la esperanza se asentó entre los vacíos que separaban a los 6 Javerianos. Las sonrisas volvieron junto con la gratitud por la escucha, abriendo la puerta a la posibilidad de hablar de aquel Medio Universitario querido, el que se quiere construir con valentía.

Juntos llegaron al consenso: el Medio querido es un “sentisistema” de personas, sentimientos, corazones y vulnerabilidades que requiere de un esfuerzo comunitario por construir y mantener una identidad Javeriana; un esfuerzo que se puede gozar y construir desde la nostalgia de lo que fue y desde la esperanza de lo que puede llegar a ser. Sabían que sería un reto comunitario con mucho camino por recorrer, pero también sabían que siempre que necesitaran un poco de esperanza y valentía para continuar, bastaría con volver a compartir un espacio, bastaría con escuchar, alzar la cabeza y siempre dar ánimo a quienes caminaran a su lado.

Mientras recogían sus papeles y salían del salón, Sandra volvió a mencionar su caminito favorito, el que va por los parqueaderos y lleva a la naturaleza. Alguien propuso recorrerlo juntos algún día. Sonrieron. Había tiempo todavía.

Alejandro Páez – Cronista

Bogotá